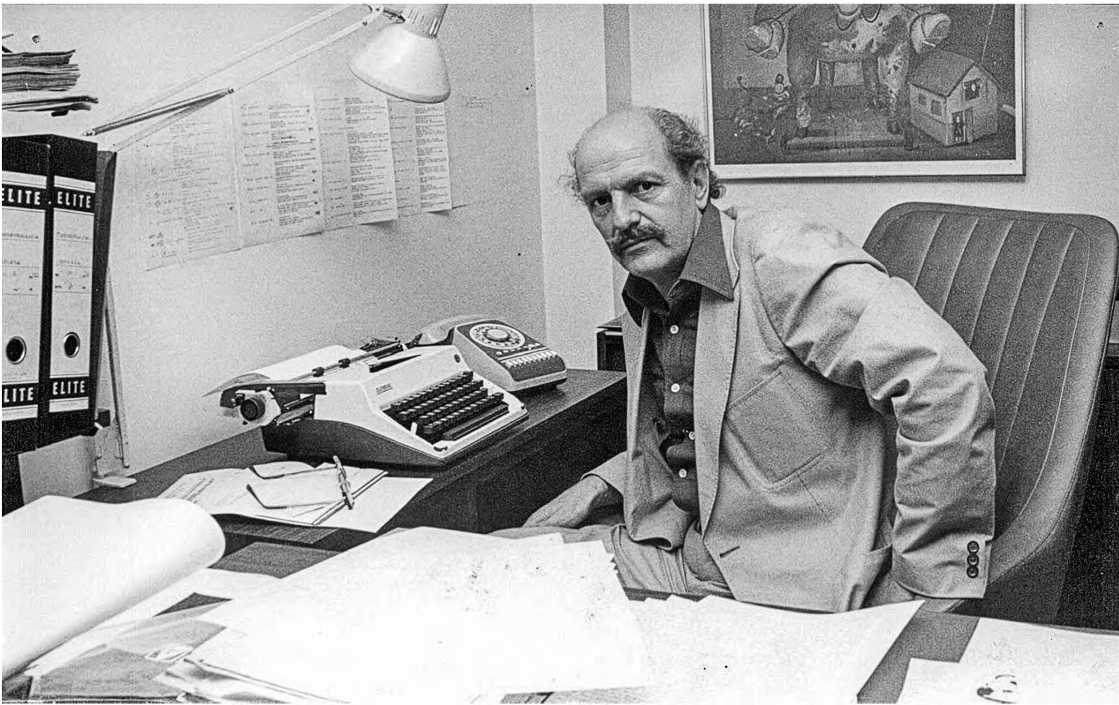


LA BIBLIOTECA AYACUCHO Y OTRAS MARAVILLAS

Ángel Rama, latinoamericano de Montevideo

Facundo Gómez*

«Uruguay *made me*», escribió alguna vez Rama guiñando a Graham Greene. Pero su vocación, como se sabe, fue América Latina, y las diferentes residencias durante su largo exilio le hicieron saber bien de qué hablaba. En 1972, cuando se establece en Venezuela, logra fundar la Biblioteca Ayacucho, una de sus mayores contribuciones a la cultura latinoamericana.



↑ Ángel Rama en su oficina de la Biblioteca Ayacucho en la Avenida Urdaneta

En 1979, Ángel Rama escribe «Otra vez la utopía, en el invierno de nuestro desconsuelo», un ensayo que celebra la vuelta de los *Cuadernos de Marcha* y el tesón infatigable de Carlos Quijano, el mítico director de la publicación montevideana. A partir de una frase de Graham Greene, el crítico escribe: «El Uruguay me hizo, yo soy su producto, para bien y para mal; yo soy hijo de su historia y de su probada vocación de libertad y de justicia, yo he sido modelado por su inteligente educación y he sido impregnado de su sentimiento democrático de igualdad, he sido formado en el trabajo y en la exigencia, con la convicción de servir a una comunidad altiva y laboriosa». «Uruguay *made me*», suscribirá años después, en el prólogo de *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*, quizás una de sus obras más relevantes.

La exaltada valoración de la estructura social, la convicción ciudadana y aun ciertos lugares comunes de la identidad uruguaya expresan de manera elocuente las nostalgias de su largo exilio. Distanciado de su patria desde 1973, Rama continúa con sus investigaciones e intervenciones lejos de su Montevideo natal. En distintas ciudades del mundo, se consolida como

una de las grandes voces de la crítica literaria latinoamericana, elabora conceptos y lecturas claves para las letras de la región, forma diversos equipos de especialistas y lidera proyectos de integración con un impulso infatigable y obstinado. No obstante, las marcas que aquel Uruguay añorado deja en su forma de entender los desafíos históricos del subcontinente prevalecieron y son visibles en diversos rasgos de sus textos e iniciativas. El carácter urbano, la apertura cosmopolita, la esperanza modernizadora, la exaltación de lo letrado, la fe democrática, la cautela ante discursos radicalizados e incluso la intensa sociabilidad, propia de una escena cultural en la que todos se conocen, imprimen una fuerte entonación montevideana a un proyecto de vida orientado por un latinoamericanismo militante.

ANTES DEL BOOM

Como lo ha estudiado con lucidez Pablo Rocca en sus trabajos pioneros sobre Ángel Rama, los pasos iniciales de su praxis latinoamericanista fueron dados en las páginas literarias de *Marcha*. El crítico asume su dirección y se propone articular la sección con la línea editorial del semanario. Si bien el proceso fue gradual y durante los primeros años

la producción local siguió ocupando espacios privilegiados, el interés de Rama por la literatura y la realidad latinoamericana terminó por transformar al semanario en una herramienta para la divulgación de la creación literaria regional. El impacto de la revolución cubana y los aires de transformación de la primera mitad de la década del 60 fueron claves en este giro.

El uruguayo se propuso conectar a los escritores y especialistas del subcontinente: viajó a congresos, escribió cartas, reseñó libros, entrevistó visitantes ilustres, buscó corresponsales y trazó una alianza estratégica con Casa de las Américas, la institución cultural cubana. Su apoyo ideológico a la revolución fue decidido y le permitió estar en contacto con la vida política y literaria de la isla. De esta manera, consiguió que escritores de diversas partes de la región confluyeran en *Marcha*. Desde João Guimarães Rosa hasta José Revueltas, desde Ernesto Cardenal hasta José María Arguedas, poetas, narradores y ensayistas se encontraban en el semanario. Sus publicaciones eran acompañadas por presentaciones de Rama, quien trazaba panoramas y lecturas en los que ordenaba e interpretaba los aportes. La operación se complementaba con otro tipo de gestión:

la editorial Arca, que había fundado en 1962 con José Pedro Díaz y Germán Rama. El sello publicaba, entre otros, a los autores nacionales y latinoamericanos que aparecían en la sección literaria del semanario, lo que terminaba de cerrar un eficaz dispositivo de promoción cultural. Estos esfuerzos concluyeron con el ascenso de la nueva novela. La obra de escritores como Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Augusto Roa Bastos y José Donoso fue reseñada, analizada y publicada en *Marcha* antes de su estruendoso triunfo internacional. Hacia 1965, por ejemplo, Arca edita *La hojarasca*, firmada por un entonces poco conocido Gabriel García Márquez.

DESPUÉS DE MARCHA

Cuando Rama empieza a trabajar como docente en la Universidad de la República, sus tareas laborales se multiplican hasta lo inverosímil. Incluso para un intelectual tan prolífico como él («se sospecha que no duerme nunca», había escrito Carlos Real de Azúa), la presión resultó excesiva, por lo que decide renunciar a las literarias de *Marcha* hacia 1967. Profundiza así su perfil como investigador y su producción crítica da un salto, que se expresa en los extensos ensayos y monografías escritos sobre autores y temas latinoamericanos, en los que planteaba nuevos abordajes desde una perspectiva crítica siempre atenta a la relación entre literatura, sociedad e historia.

Su labor académica se articula entonces con una renovada proyección internacional. En tiempos en que América Latina despierta la atención del público a lo largo del mundo, Rama se destaca como orador en congresos y encuentros en Italia, Venezuela, Colombia, Argentina, México. Aquellos fueron años de viajes y proyectos que se combinan con varios trabajos todavía ligados a Montevideo, donde prosigue con la dirección de Arca y suma nuevos proyectos, como la Enciclopedia Uruguaya. En 1969, la situación cambia: Rama es contratado como profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico. Se traslada entonces a San Juan, donde dicta clases hasta fines de 1971, con idas y vueltas al Río de la Plata.

Su estadía en Puerto Rico transforma su mirada sobre la realidad y cultura latinoamericana. En la isla, experimenta de manera decisiva la radical heterogeneidad del Caribe y su mezcla de tradiciones, linajes, lenguas, problemas. Conoce artistas y escritores apenas nombrados en la región y se dispone a estudiarlos y hacerlos circular en el continente. Se encuentra con las huellas de la colonia y el esclavismo, así como también con la omnipresencia del imperialismo estadounidense. Allí tiene sus primeros conflictos con la censura y el macartismo, hasta el punto de que su contrato no es renovado y debe dejar su cargo a causa de su compromiso con los sectores independentistas. Rama vuelve a escribir en la prensa y a militar en el campo de la cultura como en sus años de *Marcha*. Lee libros clave del pensamiento caribeño,

como *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Incluso, es testigo de las discusiones suscitadas por el libro *Transculturación e interferencia lingüística en el Puerto Rico contemporáneo*, de Germán de Granda. En el título del libro aparece un concepto clave en las propuestas críticas de Rama, quien, apenas años después, publicaría su primer ensayo sobre la transculturación narrativa.

CARACAS: LATINOAMERICANISMO COMO BANDERA

En 1972, Rama se establece en Venezuela, donde logra construir algunas de sus mayores contribuciones a la cultura latinoamericana. Ese año tan importante para su trayectoria intelectual está atravesado por las polémicas. Una de las más famosas es la que estalla en el Coloquio del Libro, en Caracas, en 1972. Allí, el uruguayo critica públicamente la noción de *boom* que había triunfado en la prensa latinoamericana y en el mundo a la hora de definir el hito de ventas, premios y traducciones de la nueva novela. El escándalo es mayúsculo: Rama quiebra lanzas contra la adopción ingenua por parte de la crítica literaria de un concepto más vinculado con el *marketing* publicitario que con el análisis de materiales estéticos. Más allá de la polémica, el gesto es significativo, porque implica un balance y una propuesta: ante una crítica literaria anclada en doctrinas ya osificadas y sensible a las presiones de mercado, es preciso construir conceptos y estrategias metodológicas que permitan renovar la comprensión de nuestras letras. Y hacia allí avanza el montevidiano.

Lo hace con denodado esfuerzo desde su nuevo cargo docente en la Universidad Central de Venezuela. Allí dirige equipos de investigación e introduce en sus cursos conceptos de diversos ámbitos disciplinares con el objetivo de construir un pensamiento crítico más sólido. En sus seminarios enseña sobre los aportes del psicoanálisis a la lectura de los textos literarios, explica las propuestas teóricas de Gramsci, Benjamin y el marxismo revisionista, alienta estudios sociológicos sobre los hábitos de lectura en Venezuela y traduce artículos de Roland Barthes para

incluirlos en la bibliografía de sus materias. Por ese tiempo, escribe ensayos sobre la historiografía literaria latinoamericana en los que recupera lecturas señeras, como las de Pedro Henríquez Ureña, y plantea líneas metodológicas renovadoras. En 1976, funda la revista *Escritura*, dedicada a la teoría y la crítica literaria, que forma parte de las redes de revistas académicas latinoamericanas que surgen en la época y que potencian la renovación del discurso crítico en la región.

Pero, ante todo, Venezuela es donde Rama concreta su mayor proyecto: la Biblioteca Ayacucho, la colección de clásicos del pensamiento y la literatura latinoamericana. Su proyecto se desprende de varias ideas y experiencias previas, propias y ajenas. En colaboración con José Ramón Medina, concibe un ambicioso proyecto editorial para reunir y celebrar el legado cultural latinoamericano. El *boom* petrolero venezolano y el apoyo del presidente Carlos Andrés Pérez tornan viable en términos políticos y económicos el emprendimiento, por lo que Rama despliega todas sus habilidades como editor, crítico y gestor para concretar la propuesta. Desde su oficina en Caracas, escribe cientos de cartas y contacta una vasta red intelectual para elegir los títulos, conseguir los derechos y los manuscritos, preparar estudios introductorios que actualicen el sentido de las obras, traducir los textos escritos originalmente en portugués, inglés, francés y otras lenguas, trazar cronologías, ilustrar la tapas. Se impone como prioridad integrar la producción brasileña y aquellas creaciones poco atendidas por el lector medio y especializado del continente, como la literatura caribeña o indígena. Se esfuerza por articular en el catálogo las letras coloniales y las contemporáneas. Construye una imagen de América Latina como un friso en el que participa de forma decisiva la escritura de soldados españoles, viajeros europeos, generales de la independencia, cronistas, letrados, poetas, artistas, políticos, ensayistas. En Biblioteca Ayacucho se condensa la utopía latinoamericanista de Rama: la unidad de la región a través de la cultura, mediada por la dedicada tarea de sus intelectuales, transmitida



↑ Martha Lynch, Siqueiros, Ardao, Francisco Juliao, Ángel Rama y Martha Traba en Cuba

a través del libro, reivindicada a partir de sus máximos logros.

Como cualquier lector de sus diarios personales lo sabe, el período venezolano también estuvo poblado de conflictos y sinsabores. La inestabilidad económica y laboral, junto con los dolores de un distanciamiento del Uruguay que se transformó en largo exilio luego del golpe de Estado de 1973, golpean fuertemente al crítico. A eso se suma la incomodidad ante una escena social muy extraña para un montevidiano de ley como él. Caracas se había modernizado de golpe gracias a la explotación petrolera, que da lugar a una aceleración histórica notable y a un desarrollo muy desigual. En el paisaje urbano, poblado de autopistas, edificios suntuosos y estructuras faraónicas, vive una población que se intenta acomodar como puede a los cambios. Nada más lejos de la ciudad letrada montevidiana: pequeña, pero abierta a las novedades cosmopolitas; modesta, pero con plena conciencia de su lugar en el mundo; con muchos menos recursos, pero con una historia poblada por referentes intelectuales volcados a pensar el desarrollo nacional.

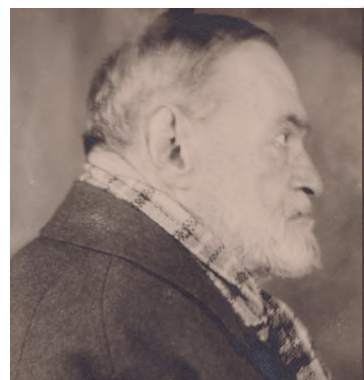
Con los años, el clima se enrarece, las polémicas encrudecen y Rama acusa recibo de una coyuntura que ya no garantiza la continuidad de sus proyectos intelectuales en el país, por lo que debe buscar alternativas. La encuentra en un sitio poco esperado:

en las entrañas del monstruo, en Estados Unidos.

EL ÚLTIMO EXILIO

Luego de una primera experiencia docente, Ángel Rama empieza a dar clases en la Universidad de Maryland en 1979. En sus diarios, el montevidiano reflexiona sobre las diferencias entre la vida universitaria en Estados Unidos y Latinoamérica: deplora la escisión entre el campus y la sociedad en el norte, extraña el entusiasmo y el compromiso político de profesores y estudiantes en el sur. Pero sus observaciones pronto son matizadas, ya que la estabilidad laboral y la dedicación cada vez más exclusiva a las cuestiones académicas le permite desplegar una producción intelectual de altísima calidad.

En Estados Unidos, explora bibliotecas y rescata manuscritos coloniales incunables, que manda a Caracas para enriquecer la Biblioteca Ayacucho. Amplía sus saberes sobre el barroco y explora con intensidad la cultura latinoamericana desde la colonia y la emancipación, al mismo tiempo que revisa sus miradas sobre el modernismo. Es la época en la que escribe los grandes libros: *La novela en América Latina*, *Transculturación narrativa en América Latina*, *La ciudad letrada*. A la vez, vuelve a colaborar con los proyectos de Carlos Quijano, exiliado en México. Rama escribe para los *Cuadernos de Marcha* y publica en Marcha Editores un tomo fundamental:



FIGARI POR ÁNGEL RAMA LA OTRA AVENTURA INTELECTUAL

Exposición. Hasta el 23 de mayo en el Museo Figari - Juan Carlos Gómez 1427
Martes a viernes de 13 a 18 h y sábados de 10 a 14 h



Ministerio
de Educación y Cultura



Dirección Nacional
de Cultura



Museo
Figari





Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha, una antología que apostaba por las escrituras de las recientes promociones de autores latinoamericanos, en la que incluye nombres como los de Juan José Saer, Reinaldo Arenas, Cristina Peri Rossi y Rosario Ferré.

La persecución política de un marxismo trasnochado interrumpe sus labores. El servicio de migración no le renueva la visa de residencia y lo empuja a una querrela legal condenada a la derrota. A pesar de la campaña pública contra el opaco dispositivo de censura ideológica, el veredicto es inflexible y Rama debe abandonar Estados Unidos. Encara entonces su último exilio, en París, a donde se dirige para proseguir sus investigaciones en curso, gracias a una beca Guggenheim y el apoyo institucional de las casas de estudio estadounidenses. 1983 es un año cargado de actividades y desafíos: además de preparar tomos sobre el modernismo para sellos editoriales españoles, gestiona una colección de libros de bolsillo para Biblioteca Ayacucho, hace investigación de archivo sobre la cultura del siglo XIX y se suma al emprendimiento historiográfico de Ana Pizarro: una nueva historia de la literatura latinoamericana, desde la perspectiva del comparatismo. Rama toma la iniciativa y lo latinoamericaniza a su modo: convoca expertos del continente, auspicia debates sobre conceptos y metodologías, reclama la inclusión de las letras brasileñas y caribeñas, echa luz sobre la cuestión de las literaturas indígenas y plantea, en definitiva, un proyecto que se piensa a sí mismo como un aporte para la cultura regional, desde una perspectiva crítica local.

El accidente de avión en Madrid en noviembre de 1983 interrumpe trágicamente sus tareas. Se lleva la vida de Ángel Rama, su compañera Marta Traba, los escritores Manuel Scorza y el mexicano Jorge Ibargüengoitia y otras 177 víctimas. Antes del fatal desenlace, el uruguayo había hablado con sus amigos de la diáspora sobre la posible vuelta al país tras el ocaso inminente de las dictaduras. También había incluido largos párrafos sobre el Uruguay de principios del siglo XX en *La ciudad letrada* y dedicado *Las máscaras democráticas del modernismo*, su libro póstumo, «A mis jóvenes amigos rioplatenses, críticos y editores de literatura». Todo ello habla de nostalgias, esperanzas, reflexiones de un intelectual que dedicó toda su vida a la comprensión, difusión e integración de la cultura latinoamericana, sin dejar de ser nunca un ilustre montevideano. ¶

* Facundo Gómez (San Fernando, Buenos Aires, 1985) es licenciado en Letras y doctor en Literatura por la Universidad de Buenos Aires. Desarrolló su investigación de doctorado, *Por una crítica latinoamericanista: la praxis intelectual de Ángel Rama*, en torno al discurso crítico Rama. Es responsable de *América Latina: un pueblo en marcha* (Tucán-Fundación Darcy Ribeiro, Santiago de Chile, 2022), una compilación de ensayos de Ángel Rama, y también del prólogo de la última edición de *La ciudad letrada* (Estuario, Montevideo, 2024).